

VARARON



*Cuando la vida te sonríe despu es de llevar tanto palo,
 di que s !*

AmasilyS...

VARACIÓN

Cuando la vida te sonríe despu es de llevar tanto palo,
 di que s !

AmaSilyS...

¡Muchas gracias por adquirir este e-Book!
Te invito a compartir tu opinión en las reseñas del libro en Amazon y en las
redes sociales, sean las tuyas y/o las mías: @AmaSilyS

Copyright © 2019 Amasilys Renata Palencia Ruíz

Título: Varrón

Autora: AmaSilyS...

Diseño de portada: AmaSilyS...

Primera Edición Digital: Julio 2019

Licencia: Todos los derechos reservados.

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente,
por cualquier medio analógico y digital, sin permiso expreso de la autora, de
acuerdo con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes y eventos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier
semejanza con la historia de personas vivas o desaparecidas es pura
coincidencia.

Gracias a quienes me han apoyado y siguen haciéndolo en cualquier
trecho de mi camino...
Gracias a todos los seres humanos que viven desde el amor y son parte de
lo positivo en este mundo.
Gracias a ti, que has decidido leerme.
¡Gracias infinitas!

Capítulo 1

Despertar... entre la transparencia del siempre nuevo amanecer y el aroma de un café con jengibre y clavo mezclado con el de la madera de la taza que lo contiene. Con la barba de varias fechas, curtido de tanto sol y los sabores de las olas incrustados en cada poro. Enredo de greñas prietas sobre el rostro. Cada iris escudriñando el entorno bajo el cambiante azul del cielo. La mezclilla de los pantalones ya raída, torso y pies desnudos. Entre la tamarizquita lágrima de un bostezo y las páginas de *Shakespeare* detenidas de bruces sobre sus rodillas en el jardín de Capuleto... Aquellas letras que hablaban de llagas, de una burla, de la Luna envidiosa, rosas de vano apelativo... se arremolinaban desfigurándose bajo el resplandor del sol.

Entre las velas hinchidas del *Sunar*, el viejo capitán de mar, con su enorme bigote pardo y dedos nudosos, enterraba su observar en el anteojo del sextante localizando nuestra posición. Las aves la anunciaban próxima. El viento desataba su aroma de gardenias, jazmines y sal marina en mezcolanza. Se vestían de blanco sus casas, capillas... Soleados, secos... sus caminos. Áridas sus cumbres... Coronada por un impresionante monasterio... Era *Patmos*, isla griega en el *Dodecaneso*. Mi destierro, el comienzo de lo incierto...

Pleno de belleza era el puerto de *Skala*. Cual lomo de armiño en invierno. Con sus tabernas pesqueras, comercios, negocios de artesanías, limpias calles. Mercaderes que iban o venían. Navegantes arribando con sus embarcaciones. Mujeres con cestas y mantas de algodón tejidas por sus diestras manos. Extranjeros que visitaban su pintoresco territorio.

El capitán, su hijo y un sobrino eran de *Constantinopla*, amablemente me aceptaron en su tripulación y habían amenizado el viaje con buena comida, bebida e innumerables anécdotas marinas. Al arribar recogimos las cuerdas, fregamos la cubierta y despejamos el ancla. Las figuras sobre el muelle nos recibieron con amable curiosidad. Tras despedirnos me propuse ir primero a la *Cafetería Arion* donde un contacto me recomendaría el lugar para conseguir alojamiento.

Un joven demente que “maltrataba” un violín afuera de una taberna me

indicó que me detuviera. Dejó de tocar y emulando a *San Juan*, en una de sus alucinaciones solicitó que me inclinara frente a él cabeza gacha para bautizarme... Debí reparar en la perspicacia entre los isleños. Al sentir el cálido escurrir y el preludio de las carcajadas, levanté el rostro y noté que orinaba sobre mi nuca! Era en vano cualquier reclamo, tal era la incontenible risotada que terminé contagiándome de ella, mientras alguien me empapaba de arriba abajo con una palangana de agua limpia. La mudez inmediata nos sorprendió a todos al ver pasar un grupo de mujeres con su espeso cabello suelto contra la brisa del mar, vestidas de negro, dejando profundos lamentos a su paso...

Capítulo 2

Dos días después caminaba por donde caía la arena y la luz brillaba con suavidad en la madrugada. Descalzo, pantalón arremangado hasta las rodillas, mochila de cuero desgastado y sandalias colgando de sus hombros, huellas que se desvanecían entre la espuma del mar.

A lo lejos, aquella figura al trote... Turbia como un espejismo, se acercaba asombrosamente con una frescura imperturbable. No detuve mis pasos ni aquélla los suyos, pero ambos compartimos un ínfimo segundo de disimulo y alcancé ver su belleza.

Hacía mucho calor. El despilfarro solar no derretía en mi memoria sus rasgos entonces ausentes... Sí, cuatro días desde ese primer encuentro y al quinto no la había encontrado por el camino habitual. Sentía su falta como un absurdo vacío interno y apenas la había visto unas pocas veces! ¿Sería porque a diario la distancia se había estrechado y el disimulo había sido cada vez menos?

Recordé que escupía. Con absurda frecuencia lo hacía cuando pasaba junto a mí. Una opinión, quizá... Lo hacía de tal modo que nada vulgar había en ello. Era extraño, descubrí que se me había metido en el alma a fuerza de migajas. Sin voz, sin nombre. Sólo una exquisita transpiración entre el sonrosado rostro con unos ojos verde alga, diáfanos.

El bosquejo de sus facciones sobre cada bulto en la distancia era el buen regreso de mi torpeza visual. Pensaba en una ofensa, lo de ayer... Ciertamente era que mi atrevimiento al delinearla entera había sido el eco de lo que habías hecho tú conmigo. Tú habías comenzado. Tú habías aproximado tu rumbo. ¡Me declaro inocente de cualquier atrevimiento!

Las horas... Una y una, una más y las piedras ya no eran tan piedras, ni la hierba ni la flor, todo desaparecía ante mi indiferencia. ¡Era tan ilógico andar por ahí sin ti! Mis caminatas se habían convertido en un esperar y verte pasar, sin más razón. El hueco en mi memoria se llenaba de ti. Mi vida renacía de ti. «Olvidaste todo», me había dicho la prima Elena... Y eras todo lo que no olvidaba, todo lo que tenía aquí dentro. El riesgo, el cenit. Tu falta, lo agrio,

un ruego a gritos porque estuviese errada mi sospecha: no pertenecías a aquella tierra y tu presencia habría sido pasajera. Por no cruzar palabras te habría perdido definitivamente.

Mi autorretrato estaba a medias... Un ojo, una mano asomándose entre las penumbras. Una lágrima incongruente con una sonrisa y un detalle que no alcanzaba sobre el lienzo. ¡Inútil pincel incoloro para mis latidos! Tenía que terminarlo, era mi terapia, necesitaba sacar de algún modo mi infierno particular, ese algo que no me dejaba en paz.

José María estaba tan hambriento aquella noche que el hallazgo en uno de los bolsillos de su mochila del añejo turrón de Alicante, obsequio de su prima, le pareció un banquete. Gula malcriada, casi exprimió una botella de vino hasta la última gota y se tumbó en su hamaca murmurando tonterías mientras se le cerraban los ojos:

—*Alfa, beta, gamma, delta, épsilon...* ¿Vendrá *eta* o *theta*? No, el alfabeto griego no es mi fuerte... ¿Dónde estás?

Capítulo 3

Aletargado entre lo sacro y lo secular, ensimismado ante los frescos e iconos del *Monasterio de San Juan*, así le pasaban los días... Entre la feligresía iluminando la cal, las festividades de Pascua y el lavado de los pies de Cristo en Jueves Santo. Ahí en medio de todo eso esperaba encontrarla. La requería con una irracional fuerza que no lograba contrarrestar.

Pero no la buscó donde siempre había estado: en el centro del puerto, donde bordaba vestidos y recién aprendía a tejer mantas. Prófuga de un crucero, regalo de cumpleaños, buscando la independencia, había sido presa del embrujo de vivir en aquella hermosa isla. Entre los antiguos ritos del calendario ortodoxo se le habían hecho cortos los seis años de aquel exilio voluntario que no halló oposición en la dejadez de unos padres demasiado ocupados con su vida de *socialites*.

José María tuvo que ponerle freno a una sonrisa en demasía evidente cuando tropezó con aquella mirada que pretendió ignorarle tras un breve sobresalto. Él prosiguió y entró en uno de los comercios.

¡Tenía que ser el puerto donde la encontrara! ¿Por qué no lo pensé? Tuve que bregar con una insistente arritmia cuando regresé hasta la venta de tejidos donde se encontraba sentada junto a una amable anciana que le enseñaba aquel arte. Otra mujer, que salía del interior del recinto con un afable gesto en el rostro, me preguntó si deseaba comprar algo, a lo que respondí: «La manta que teje la muchacha». Aquélla alzó la mirada más gélida y despreciativa que jamás había recibido. ¡Tremenda tarascada! Ambas señoras percibieron su actitud sin entenderle, al igual que yo, ni tampoco hallaban la expresión idónea para reaccionar hasta que me sonrieron encogiéndose de hombros e intentando disculparla diciéndome que aún no estaba terminada la manta de la chica, que era una aprendiz, que habían otras ya terminadas y una cantidad infinita de lisonjas que no lograron convencerme. Con mi espalda frente a ella y la mano en la cerviz, me sentí tan imbécil... ¡Qué torpe! Debí templar con un beso su frialdad, pero me fui arrastrando la confusión sin volver un paso atrás.

Al siguiente día desperté con la certeza de no querer dar más vueltas al

asunto. Preferí desistir y no complicarme en la indescifrable aridez de aquella mujer. Al deslizar la toalla por mi cara hallé en mi reflejo la silente soledad. Me aparté y en un eufórico impulso pinté sobre el lienzo una saeta filiforme, vertical, punta elevada y una cruz en el otro extremo. Absorto, sin derrotas, la tela me compensaba. Luego me encajé un pantalón y una camiseta dispuesto a recorrer los pocos rincones que aún no conocía del lugar.

Sobre un risco, bajo celajes, quería deletrear mi pretérito imperfecto... cerré los párpados. «Sanarás», había dicho la prima Elena. Ella costeaba el viaje. «Anda por ahí, tal vez en algún momento logres devolverle a tu vida un recuerdo», había dicho... la prima Elena.

A través del catalejo me deleitaba el mar. ¿A quién engaño? ¡Me deleitaba ella! La sólida esbeltez de su cuerpo y el castaño crespo de su cabello... De pronto la perdí de vista.

Con el inesperado susurro de una disculpa se sentó a mi lado. Impasible mi pupila sobre el catalejo entre el rompiente... «Andrea», dijo llamarse. Una discreta asfixia me halló disponible. Su repentina palabrería dando explicaciones de lo sucedido me desconcertaba.

—*Dalai* —dije y ella se calló.

—*Dalai* significa océano. Mira como una y otra vez se apodera de la arena, dejándola humedecida y casi rígida, refrenando su ligereza, su andar desvergonzado junto a su amante viento con el que suele reír dulcemente hasta llegar a la carcajada, viendo que el *dalai* desesperado no la alcanza plenamente con su vehemencia. Mas la burla se quiebra cuando él la coge entre su espuma de mil alturas con soberbia y le arrebató su voluntad, como haciéndole entender quién es el que manda y que su infidelidad le cuesta una tormenta, dejándola presa del estremecimiento...

—¡Vaya! ¿Eres poeta? Entre tú y yo, ¿quién eres tú? ¿El mar... el viento... la arena? —preguntó con voz tenue.

—Ninguno, no me gusta ser víctima... ni victimario y entre dos desconocidos sobran tantas disculpas —dije levantándome notablemente alterado.

—¿Desconocidos? Casi un mes viéndonos y... ¡¿desconocidos?! ¿A dónde vas?

—A casa, me duelen el trasero de tanto estar sentado. ¡¿Viéndonos?! Pero tú estás... No entiendo que aparezcas así como si nada después de lo de ayer. ¡Ve a ofrecer disculpas al viento o a tu madre!

—¡No seas obstinado!, ya te dije por qué...

—¡Ego! ¡Eso es todo lo que eres! Hubiese preferido que te hicieras la loca... Permanece en tu lugar, yo en el mío. No me has visto, ¡no te he visto!
—se largó.

«¿De dónde salió éste?», se preguntó a sí misma en un susurro... Ya estaba intrigada.

Capítulo 4

Andrea trotaba, yo caminaba. Ella hablaba, yo escuchaba. A veces me atrasaba, le daba alcance. De alcance en alcance terminé alcanzándola, terminé trotando. Su voz era hipnotizadora. Cada tarde sosteníamos largas conversaciones junto a la costa. A veces terminábamos envueltos en acaloradas controversias sobre cualquier tema, pero cómo nos divertíamos!

El sosiego nos acariciaba entre la oscuridad de la primera noche en su casa. Las miradas asumían con vértigo una atracción intensa...

—Tú sientes, yo siento... Entonces, ¿por qué no...

—Andrea...

—Andrea, Andrea! José María, es lo único que sabes decir? ¿Es que no quieres que... ¿por qué me esquivas?

Ella estaba tan cerca que me abrasaba, a sólo un beso de distancia. Yo no hallaba acierto en mis pensamientos. Una disparatada maraña de recuerdos se agolpaba en mi mente. ¿Qué podía decirle? Si no estaba seguro ni de mi cordura! Veía sus ojos escudriñando en mis ojos y aquellas imágenes que me alejaban a miles de kilómetros de ahí. ¿Temblaba ella o era yo quien lo hacía? Me rodeó con sus brazos mientras insistía:

—¿Tienes algún problema? ¿Te sientes mal? Déjame aliviarte...

—No, no, no! No lo he hecho... nunca! —lo soltó.

—¿Qué no... pero... cómo si...

—Andr...

—Shhhh, calla... —lo cortó— No te creo... ¡¿A tu edad?! Tal vez lo olvidaste y no es un tema con el que la prima Elena te pudiese ayudar.

—Mejor lo dejamos hasta aquí. Otro día, ¿vale?

—Shhh, cierra los ojos, dame tu mano... Déjame guiarte sobre mí. ¿Qué sientes? ¿Dime si te gusta? —Yo asentía con dudas, casi vergüenza. Mi mano palpaba la suavidad de su pecho bajo las telas de su ropa, la cálida humedad de sus labios susurrantes recorriendo mi tez me estremeció. Agobiado entre su roce y las terribles visiones me precipité sobre aquel espejo, ahí enfrenté un irreversible presente fundido en un irreversible pasado. Me miraba de arriba

abajo queriendo entenderme sin conseguirlo. «Tal vez la locura del “bautista del puerto” sea contagiosa», pensé. No lograba reconocermelo y ante mis ojos surgían imágenes distorsionadas de alguien que me asestaba un revés, la mirada aterrorizada de una mujer y un enorme camión se me venía encima y un dolor indescriptible. Con el puño apretado abandoné la intención de estrellarlo y salí huyendo aturdido.

Una borrasca llena de espectros regresivos me consumía: Unos gritos indescifrables tras uno y otro golpe... Una mujer deprimida y llena de cólera discutía con aquel hombre. Desorientada por el segundo golpe tomaba las llaves del coche y salió tras un portazo. Veía en lugar de la carretera a otra mujer sentada, borrosa, observando aquella discusión. Ella no decía palabra alguna, no defendía a ninguno, permanecía impávida. ¿Acaso era yo? ¿Mamá...? ¿Papá...? Aparecieron aquellos faros desmedidos y una bocina desesperada. ¿Acaso yo iba en ese camión? Todo me daba vueltas. Una luz intermitente y el parabrisas incrustándose en mi cuerpo. Aparatos, suero, sangre y nada me decía dónde estaba, qué pasaba?! ¡No decía palabra alguna, no me defendía! ¿Tienes fotos? ¡Las fotos! José María, las fotos se quemaron. ¿Se quemaron? Sí, ¿no recuerdas el incendio? ¿Qué incendio? El que sucedió hace como tres o cuatro años en Diciembre, cuando el sótano de los tíos se quemó por un descuido del pequeño Ma... Maurice. ¿Maurice, qué Maurice? ¡Tu hermano! Sí, tu hermano menor. Y... ¡Él murió! ¿Murió? Sí, junto con las fotos y todo lo demás. ¿Y los tíos? Tus padres querrás decir. Bueno... Ellos murieron. ¿En el incendio? No, digo, sí, precisamente en el incendio, sí... ¿Y yo? ¿Tú? Obviamente tú no, tú estabas en... conmigo, en mi casa, aquí. El carro de papá estaba en el taller y tú nos llevarías para celebrar la Nochebuena con ustedes. ¿Por qué no recuerdo? ¡No te recuerdo para nada! Olvidaste todo... Déjame guiarte sobre mí. ¿Qué sientes? Olvidaste todo... ¿Te gusta?

El amanecer sorprendió a José María en aquella vorágine que le hizo vomitar hasta la bilis. Con la sed descomunal que sentía regresó a toda prisa, obviando el escozor de las heridas en sus pies descalzos, y en la cocina se empinó el garrafón entre el jadeo hasta derramarla sobre sí.

—¿Sediento? —preguntó Andrea con un suspiro.

—Me siento fatal.

—¿Dónde habrás estado? ¡Mírate!

—Por ahí... No he dormido...

—Yo tampoco pude dormir sin saber dónde ni cómo estabas. Prepararé un té... o seguro prefieres café.

—Café, por favor.

—Sé cuánto te gusta pero todavía ignoro si lo tomas con azúcar o...

—Tres.

—¿Tres?! Te gusta el dulce, ¿no?

—¿Dulce? Con tres sólo le das un toque de dulce... A mamá sí que... —le extrañó el recuerdo.

—¿Tú mamá?

—Sí... Me vino la idea de... Ella le... sí! Llenaba la mitad de la taza con azúcar y luego le agregaba el té, ella prefería el té. Siempre de tila. Una vez le ofrecí preguntándole en broma si quería azúcar con té y ella me respondió: «Sí, pero sólo con tres cucharadas de té». Escucho una risotada, no recuerdo su rostro con claridad... No lo consigo... ¡Es una sensación tan desagradable!

—No voy a insistir en preguntarte qué te pasó o qué te pasa, pero sea lo que sea puedes confiar en mí.

—Cuando lo sepa, créeme que serás la primera en saberlo. Te adeudo esta noche —sonrió a medias.

—José, déjame estar cerca de ti. No me apartes. Te quiero...

—No... no sé si sea conveniente para ti. Andrea, sufrí un accidente, perdí la memoria y cuando te acercaste anoche no sé lo que sentí! Ya te lo había dicho. Pensé que me recuperaba... ¡Caras, escenas, voces que se me amontonaban sin lógica alguna! No quiero hacerte daño aunque también sienta que...

—Dame la oportunidad de definir mis heridas. Te guste o no, ya soy parte de tu vida. Sé que no me hará daño quererte, alejarme de ti sí que lo haría!

—La prima Elena sabe todo de mí, pero yo no! De repente me di cuenta anoche que acepté su versión de mi vida sin fotos, sin documentos... ¡Ni una sola prueba! Como si en el fondo presintiese que es mejor quedarme así. ¡Qué insignificante debo haber sido para borrar me de un simple golpe!

—Ni eres insignificante ni ha de haber sido un simple golpe —dijo sosteniendo el rostro de aquél entre sus manos.

—Qui... quisiera entender lo que me pasó anoche, tener respuestas, excusas! —respiró profundo—. Mañana vuelve el *Sunar*... ya ha pasado el tiempo que me dijeron cuando me dejaron aquí... Regresaré donde Elena... —hizo una pausa mirándola como tratando de adivinar la respuesta a lo que

estaba por preguntarle—. ¿Vendrías conmigo? —detuvo su respiración mientras esperaba aquella respuesta.

—¿Mañana...?

—Bueno, seguro permanecerán unos días aquí antes de volver a zarpar...y

—Iré... Iré contigo! —respondió Andrea con los ojos aguados, pero con una certeza contundente.

Él le acarició la mejilla.

—¡Uff! Si hubieras dicho que no, estaría perdido!

Ella sonrió con un estallido de llanto contenido y le dijo:

—¡Estás loco! Pero más lo estoy yo y me da igual! Sólo quiero estar contigo.

Y se abrazaron.

Capítulo 5

Seis días después hablaba con Irfan y su hijo Orhan, zarparíamos al atardecer con otros cinco pasajeros más.

—¿Qué ruta seguiremos?

—De aquí, mira al mapa. Amarraremos en Grecia y de ahí... Espera. ¡Usted, al atardecer zarparemos, suba todo eso de una vez! —exclamó enérgico dirigiéndose a uno de los nuevos pasajeros—. Estos no saben quedarse quietos. Orhan, ve a ayudarles o no terminaremos nunca.

—¿Por qué no ir directo a Venecia? —le pregunté retomando la conversación.

—Tenemos negocios en esas tierras... Y la familia también está allí, tenemos varios meses que no les vemos... —frunció el entrecejo.

Capítulo 6

Elena dibujaba con su dedo en el rocío de la ventana el perfil de un hombre perdido. En la otra mano sostenía un pañuelo impregnado del catarro que no la abandonaba desde hace un par de semanas. Tardanza en el gesto y una jaqueca que se había vuelto cotidiana... De pronto dejó caer la tela al sentir un delicado beso en su mano... Visiblemente consternada por el contacto y la inequívoca despedida de Sebastián, cuya mirada se distrajo un instante hacia el cuaderno de notas, abandonado en el piso junto a la mesa donde se enfriaba la sopa...

—¿Volverás? —preguntó ella con su voz nasal.

—Sabes que somos un par irreconciliable, Elena... En ningún tiempo he sido para ti ni siquiera una página de este cuaderno —le decía con acento triste mientras lo recogía y colocaba junto al plato—. Sólo he sido el más fallido de tus experimentos. Tanto, que no hubo ni un primer intento. Cuando tenga, según tú, otro irrazonable reproche... Tal vez... regrese...

Elena se quedó sin decir palabra alguna, mirándolo como cachorro bajo la lluvia mientras aquél salía de la habitación.

Capítulo 7

En lo por venir, ten presente que me sobra aguante para vivir contigo. ¡Jum! —replicó Andrea en mi oído cuando la ayudé a subir a la cubierta, sonreí. Estábamos a punto de levar anclas.

Andrea se aferraba al torso de José María como náufrago al madero. Todo estaba sereno. Uno de los tripulantes les había ofrecido un licorcito. Irfan, el viejo capitán, perdía sus grises ojos sobre el mástil hacia las disonantes garruchas, hacia el interminable horizonte bajo el crepúsculo.

Los cinco ingleses, Andrea y yo seguíamos atentos a Hiplas y a Spiro, nietos de Irfan, durante el ascenso a la *Acrópolis*. Andrea llevaba colgada en su mochila una de esas esponjas de mar de *Kalimnos*, le encantaban como a una chiquilla! Las alturas dominaban el llano desde el templo de la Virgen. Enmudecíamos en la complicidad del jugueteo de nuestras manos.

Abrazados por el talle, nos entregábamos a las colinas pobladas de cipreses y al melodioso canto de una de nuestros acompañantes. Mientras bebía agua de la cantimplora, la veía perderse entre las columnas. La historia de Atenea narrada por Hiplas, traducida por la cantarina Elizabeth, no me distraía de la atracción que Andrea ejercía sobre mí, me era imposible dejar de mirarla... Y tal parecía que a Spiro también... ¡Vaya!

Desatendiendo a la *Colina Licabeto*, José María se reunió con ella tarareando *Les Yeux Noirs (Ojos negros)*.

—*Mademoiselle* Andrea, ¿me concede esta pieza?

—¡Oh! *Monsieur*, mucho me temo que por esta tarde las haya concedido todas.

—Entonces he de batirme en duelo con quien sea, pero este baile será sólo para nosotros... Y al término de nuestra danza tal vez me resuelva a depositar en sus labios el elixir de los míos, hechizo por el cual usted nunca más podrá desprenderse de este humilde que la corteja.

—Danzad, danzad, pero al mismo tiempo adelantad el elixir o mi ardiente deseo me hará hurtarlo!

—¿En serio? —preguntó él con picardía.

—Sí...

Pudo hacerlo, pudo besarla sin titubear. Como si estuvieran saboreando el más delicioso albaricoque. Qué más daba si incomodaban a los presentes, era una absoluta desconexión de todo lo ajeno a aquella danza.

¡Y tuvo que ser precisamente Spiro quien los interrumpiera! Explicando que tenían que emprender el regreso hacia el puerto.

Bajo el ennegrecimiento celeste, la familia de Irfan celebraba alegres y largos banquetes. Nosotros nos apartábamos. No se habían creado los vocablos aptos para expresar lo mucho que teníamos por decirnos. Crecía en nosotros un extraño y profundo sentimiento. Ignorábamos si era piel o alma, solo sabíamos que sigilosamente nos entrelazaba. Más allá de mujer y hombre, éramos un par de seres humanos que descubrían algo único en el mundo... Afanados sin tregua en ese descubrimiento...

Capítulo 8

Atravesábamos *Venecia* por el *Gran Canal* sobre una góndola. El que remaba entrecruzaba su italiano con nuestro español... «*Ecco é il Ponte di Rialto. Bello, bellissimo. Uno de los más famosos de tutta Europa! Fue diseñado per Antonio da Ponte y construido entre 1588 y 1591. Questo ponte está formado per... Ecco é il Fontego dei Tedeschi...*». Créanme que aquella voz se desvanecía cada vez más en la profundidad de los ojos de Andrea... ¡Qué desperdicio de *tour*!

Más tarde estábamos en la *Plaza San Marcos*, rodeados de notables monumentos y una cantidad un tanto abrumadora de turistas. Era tan abrumador como mi insistente regreso a las aguas revueltas de mi memoria. Era como una fuerza incontrolable que me arrastraba hasta la devastación. No quería arrastrarla conmigo... Me apartaba y ella se quedaba observándome desde la orilla... Dispuesta a rescatarme... Entre asustada e impotente. Nada sabía de mí más de lo que yo podía contarle, lo que era casi igual a saber nada... pero permanecía a mi lado.

Capítulo 9

Barcelona, España.

Había regresado a su punto de partida, pero conmigo... Alquilamos un pequeño piso en el *Barrio Gótico*. Fue llegar y su semblante perdió luz. Andaba con desgano. Le hablaba y era como si no escuchara...

—Jose... ¿Qué sucede? —le pregunté con una media sonrisa intentado contagiársela, él cerró los ojos y se giró, me acerqué cautelosa abrazándolo por la espalda. No dijo ni pío hasta que se soltó con cuidado...

—Eres... Antes, cuando tenía la mente en blanco, me podía pasar horas preguntándome tonterías para callar mi desastre mental, tonterías como dónde terminará el universo, cómo será lo que hay después? Dicen que es infinito, pero qué tan seguro es si nadie ha logrado viajar hasta...

—¡Qué ocioso! —lo interrumpió Andrea.

—Sí, realmente... pero el punto es que contigo he dejado de hacerlo. En cambio, te hago sufrir mis numeritos cada vez que intento recordar quién soy y me desespero.

—Te he dicho que cuentas conmigo, quise venir, nadie me obligó. Si es importante para ti devanarte los sesos hasta encontrarte, estaré contigo. Pero no entiendo que te ha pasado desde que llegamos a tu ciudad, estás como ausente.

—Vete a casa...

—No sin ti.

—Anda... Te alcanzaré... No tengo ni ganas de responder... quizá es que estoy decepcionado de estar aquí y nada! Simplemente veo a mi alrededor y me sabe a nada!

—¿Estás seguro de que vivías aquí antes del accidente? ¿Elena vive cerca? Hemos estado aquí más de dos semanas y no la has buscado.

—No, ella vive en las afueras... Me hubiese gustado recordar dónde vivía yo antes del accidente... Anda, ve a casa... —me decía mirándome y no. Sí, era uno de esos numeritos que no quería yo sufriese. Así que le hice caso, rocé su cabello antes de irme...

A medida que se alejaba por la callejuela José María la seguía con sus ojos, sentenciando entre dientes: «Resulta que no me importa ser quien sea. Resulta que prefiero permanecer así...Abrazarte, tocar tu piel, escucharte, verte vivir cada día... es algo que rebosa mis sentidos... Como te explico que no me entiendo y he llegado a querer dejar cualquier intento por hacerlo... con tal de amarte, de estar contigo... Quiero amarte todos los días, todas las vidas que me toque vivir, una, dos... cinco, ocho... Hasta que mi alma ya gastada de tanta marcha a través de los tiempos dimita y se funda con la tuya... No habrá carne que nos una ni carne que nos separe, solo seremos... solo...», dejó desplomar su cabeza como aturdido por sus pensamientos, respiró muy dentro y siguió los pasos de aquella que ya se le había perdido en el camino.

La encontró sentada en la mullida alfombra junto a la cama... El dócil descenso de aquél mechón encrespado sobre sus labios. La sensualidad de los pliegues de su ligera camisa, traslúcida en algunas zonas por la humedad de su cuerpo, hacía evidente la excitación... No era verano, no hacía calor... era ella y su deseo... Sus dedos se recreaban sobre las pieles cálidas, suaves... Envueltos en un alucinante desenfreno...

—¡Este gancho!

—Broche...

—Broche, gancho... lo que sea, el hecho es que este sostén no se suelta!

—¡*Brassier*, tosco! Y está atorada.

—Lo sé...

—Eso no, bueno, también, tu cremallera!

—¡A ver quién gana! —dijo soltando una carcajada.

—¡No juegues Jose!

—¡Por fin! Ya lo desenganché... ¡Gané! —dijo guiñando un ojo.

—¡Vale! Medalla de oro, déjame ver, erguidito!

—¿Qué haces?

—Estoy tanteando... a ver qué está trabando...

—¡Epa!

—¡Te pusiste coloradooo!

—¡No te rías!

—Está bien, va en serio, alcánzame esa vela y los fósforos, sensible colorado...

—Muy graciosa... ¿qué vas a hacer?

—Dame, dicen que pasándola así... de arriba abajo... varias veces... se

afloja.

—El...

—¡No, eso no! La cremallera!

—¡Vaya! ¡Esto no cede! —se levantó de repente y alcanzó unas tijeras.

—¿Qué piensas hacer con eso?

—Un tijeretazo y se acaba la penitencia! Luego lo remiendo... Ya está!

Nuevamente entregados al deleite de aquellos cuerpos tonificados y bronceados... entre un muslo y otro José María se abandonaba al instinto. Eran un delicioso enredo de caricias que iban y venían por glúteos, cintura, pechos... suspendidos en un éxtasis masivo...

Agotado por el exceso se tendió de narices entre sus senos y ella sumergía los dedos entre sus greñas restregándolas dulcemente... hasta que la somnolencia deshizo en calma la agitación. Ambos sonreían...

Fue desde aquella noche que irrumpió en nuestras vidas cuando este hombre que acaricio cada noche en mi regazo se convirtió en el ser más atormentado que jamás he conocido... y cada día más... Reconozco que se esfuerza por complacerme, se desvive por mí, aun sin haber pronunciado esas palabras que tanto anhelo escuchar de sus labios: Te amo... Estoy casi segura, eso no pasará... Y cuando duermes como ahora, te contengo en mis brazos como nitroglicerina, temiendo la explosión... pero eres mi razón... y mi disparate.

Capítulo 10

La entreveía a mi costado través de las trasnochadas pestañas... Serena, sonriente... Leía, le gustaba hacerlo antes de saltar de la cama en las mañanas. Dio por terminada su sesión de lectura, se levantó y salió hacia el baño.

Me había adormilado cuando se dejó caer de golpe sobre la cama y comenzó a hojear un libro haciendo que el airecillo me terminase de espabilar.

—¿Qué estás haciendo? —rezongó José María.

—Lo de siempre: ¡leer!

—¿Puedes ir al mercado? Se me ha hecho tarde... ¿Te alcanzará con esto?

—¿Para qué?

—Para comprar víveres, comida... No comeremos más en el bar, ya no me parece seguir descontando las comidas de mi salario y tus ahorros! Entre eso y el alquiler estamos al día! Con trapear y atender mesas no estoy haciendo mucho, debo ir buscando otra cosa —le explicaba de mala gana mientras se vestía.

—Entiendo... No te alteres por eso... Puedo comenzar a trabajar.

—De acuerdo —volvió a rezongar, esta vez entre dientes.

—Y podríamos cambiarnos a un sitio más... pequeño?

—¡¿Más pequeño?! ¡Más pequeño que esto sería bajo un puente! Desde hoy comeremos en casa.

—No sé cocinar... —dijo un poco avergonzada.

—Yo tampoco sé mucho... ¡Vaya par! Aunque me gustaría aprender... ¡Ya sé! Compra un recetario de esos para principiantes, te lees la receta más fácil y compras los ingredientes... o trae huevos, pan, queso, algún pescado o jamón... lo más fácil! —Andrea soltó un suspiro— ¡Aguanta, cariño! —cerró la puerta y se fue.

—¿Así... sin más? —dijo para sí misma haciendo pucheros.

Doce y quince. Andrea deshizo la costumbre, no fue a buscarlo a la hora de cerrar y él extrañándola, reconociendo su brusquedad matutina, volvería a ella estrechando con firmeza su indiferencia, consiguiendo la muda comprensión de su arrepentimiento, enjugando su llanto con besos que ella

correspondía con desdén... Intentando con caricias poner parche sobre la herida. No era el hecho de aprender a cocinar ni de que no estuviese alcanzando el dinero. El “modo vacaciones” no duraría por siempre. Había sido la rabia con la que se lo había dicho, sumada al temor que le daba esa indefinible sensación de los últimos días, cada vez más intensa... Meditabundo, hermético. Áspero, a ratos... Amable, a ratos...

Él estaba dispuesto a desistir. No la arrastraría consigo a la vertiginosa locura que lo encaraba. Pero la amaba tanto! Dejaba pasar los días al igual que la idea de buscar a Elena.

Era tardísimo. Apenas remataba la limpieza de las mesas cuando ella se asomó con singular ternura por la vidriera. Llevaba un vestido azul estampado con un montón de cerezas chiquititas. Cabellos tejidos con esmero. Hermosa. Le hice una seña para que entrara y le acerqué una silla. Nos sentamos, me tomó las manos...

—Tengo dos faltas.

—¿Faltas de qué? ¿Dinero en la caja de la tienda donde trabajas? —me acerqué.

—No, hace dos meses que no me baja... —dijo explicando con un gesto hacia el vientre.

—¡Aaaah! ¿Y eso es malo? ¿Estás enferma? —seguía despistado.

—No, no desde mi punto de vista —sonrió con dulzura.

—¿Y desde el mío?

—Creo que tampoco. ¡Ay, Jose! ¡Vas a tener que repasar tus lecciones de biología!

—Perdona, a estas horas estoy como tonto.

—Estoy embarazada... Creo que...

—Em-ba-ra-za-da?! —repetí tratando de digerirlo.

—Sí... ¿no sería maravilloso? —preguntó casi susurrando.

—Sí... —titubeé— Ve al médico. No, no te asustes... Es que no quiero que te ilusiones en vano. Ve al médico, cuando estemos seguros...

Unos días después de mi torpe reacción, regresé a casa y la hallé recostada junto al ventanal de la habitación. Dejé caer las llaves sobre la cama, encima de un papel... Negativo. Sentí un bajón dentro de mí, pero con un alivio casi evidente. Ella estaba ahí, mordiéndose los labios y los nudillos. Había llorado tanto... Era la primera vez que la veía tan frágil, tan abatida.

Era una mujer fuerte... pero no para aquello que estaba sintiendo. Y yo que me sentía un auténtico cretino porque no hallaba cómo consolarla. Sin saber qué decirnos, dejamos que la noche decidiera... A ella la venció el sueño entre mis brazos. A mí me venció Elena en la vigilia.

Capítulo 12

En las afueras de Barcelona...

—He aquí este desastre... ¡Dame algo, Elena! Algo que me haga conocer las mañanas tranquilas... porque despierto y me encuentro con una vida que no me cuadra. Me sobran ganas de seguir, pero no así, no sé cómo aguantar más a mis fantasmas. ¡Necesito una explicación! Verdadera o falsa, pero que le dé lógica a lo que tengo aquí! —le decía clavando el índice en su cráneo mientras ella procuraba, sin efecto, expulsar las imágenes que le acosaban entreoyéndolo, desconcertada por su inesperado regreso.

—¡Ya te lo he dicho! Fuiste mi regalo de Navidad —le interrumpió con cierta sorna—. No te trajeron los Reyes... ni llegaste súbitamente por la chimenea metido en el saco del panzón barbicano... ni entre las manos de Sebastián en lugar del champán de siempre en la Puerta del Sol... Te estrellaste contra mi casa, aterrizaste justo aquí! —le señaló dando un pisotón con sus botas de tacón alto y abriendo los brazos hacia el ventanal de la sala continuó—: ¡Todo esto es nuevo...! Eras un manojito de carne dispersa... ¡Yo te reconstruí! —expresó subiendo el tono con ímpetu. José María permanecía en silencio de la boca para afuera, pero adentro se revolvían voces, ruidos y el pulso que le palpitaba en la sien.

Aquella mujer de cabello entrecano y rojizo, siempre recogido, profundos ojos ocres, delgada, tenía una belleza atípica, de esa que podía gustarte o no, pero jamás dejarte indiferente.

José María persistía en la reconstrucción de su martirio, en narrar cada detalle de los últimos meses, pero Elena ya estaba abstraída en esa verdad que él no debía conocer jamás...

Sandro y yo estábamos de acuerdo, pero Sebastián... Le esperábamos en mi despacho cuando apareció despavorido en el umbral, te había visto. Le hicimos sentar. Luego que le vimos recuperado, hicimos nuestra propuesta...

—¡Vamos! ¡La materia prima ideal para experimentar! Sin figura, sin memoria —decía irónico y esbozando una macabra sonrisa, añadió—: ¿No os cansáis de irrespetar a la naturaleza? ¿Será que ahora sí que os deberé llamar

doctor y doctora *Frankenstein*? Transformar una mujer en...

—¡Un cuerpo, punto! —intervino Sandro.

—¡Un cuerpo de mujer! ¡Una mujer! Una mujer y en toda circunstancia un cuerpo de mujer! ¡¡¡Joder!!! Transformamos una mujer en hombre, así de simple! —Hizo una pausa y prosiguió—: ¿Cómo reaccionará cuando despierte, se vea en un espejo y vea a un hombre? ¿No habéis ponderado vuestra pro-pu-es-ta? Ahora, según vosotros, ha perdido la memoria... ¿Qué haréis si recuerda todo al mirarse, al tocarse? ¿Lo aceptará pasivamente o habrá un abominable choque de imágenes? —Otra pausa esperando respuestas — ¡Yo sí les puedo advertir lo que va a suceder! ¡Enloquecerá al no concordar cuerpo y alma! Definitivamente no puedo ser copartícipe de algo tan inefable!

—Te estás apasionando demasiado por un... equis! —insistió Sandro con frialdad.

—¡Estáis hablando de un ser humano!

—Totalmente desconocido... —reconoció Elena.

—Un ser humano, una mujer como tú, Elena!

—Pero carente de memoria, llevamos más de dos meses comprobándolo. ¡No sabe ni quién es! —le alegó aquélla alzando una ceja.

—¿Y creen que eso será por siempre? —Sebastián los miró con impotencia y se marchó. No había argumento que los hiciera desistir y ya sabía que si les denunciaba también recaería sobre él su complicidad en otros de sus ilícitos experimentos... Menos censurables, pero igual de ilícitos. Su renuencia no era por la reasignación de sexo, sino por hacerla sin el consentimiento de aquella mujer... o lo que quedaba de ella...

Casi nos desanima, pero antes coincidimos en que Sebastián era un empecinado defensor amateur. No tenía amantes ni vástagos. Estudiabas bellas artes... o lo intentabas. Eras la patética confluencia de un odio paterno y una indiferencia materna. Una canción triste. Nadie lloraría por ti, excepto yo... La que expectante velaba tus latidos año tras año hasta tu total recuperación. La que te sostuvo y rodeó de atenciones. La que esperaba que te quedaras, sin decírtelo, sin obligarte. La que abdicó por tu bienestar. ¡Ja! ¡¿Y es culpa mía tu martirio?! De nada valdría decírtelo! Un «gracias por rescatarme Elena», sería un buen comienzo... pero no puedo decirte la verdad.

—Elena... ¡Elena! ¿Me estás escuchando? —aquélla se había abstraído en su monólogo interior sin percatarse de que José María continuaba hablándole.

—Dis... Disculpa, por supuesto que... ¿Qué es lo último que has dicho?

—Que ella no merece este desastre.

—¿Quién?

—Andrea.

—¿En realidad me escuchabas?

—Sí, ¿qué más hacía si no? —dándose cuenta que de haber pensado en voz alta todo aquello... ¡estaría frita! Tenía que deshacerse de él inmediatamente, Sebastián sí le había anunciado su visita y estaría por llegar. Prosiguió tras una breve pausa—: Sabes bien que lo tuyo es un desorden psicológico.

—Quieres decir que...

—No primo, no he querido decir. Afirmo que tu estado psíquico no es normal y conocemos bien el motivo —le aseguraba al mismo tiempo que le guiaba hacia la salida de la habitación llevándole del brazo con una fingida parsimonia—. Has vivido circunstancias demasiado severas... Creo que ni el ser más pétreo podría desentenderse de la pérdida total de su familia, de semejante dolor. Además, casi mueres en el accidente! Necesitaste escapar y olvidaste! Luego volvió la necesidad de un ayer, un recuerdo... y lo encontraste en escenas que con seguridad habrás escuchado, visto en la tele o leído en alguna parte.

—¿Y entonces qué debo hacer? ¿Qué me tomo? ¿Qué hago?

—Tomar, nada... Lo de siempre, nada más... ¿Hacer...? Tiempo... Trata de omitirlo. No por capricho tu mente ha borrado esos recuerdos, ese sufrimiento que tú de masoquista insistes en recobrar. Edifica tus recuerdos a partir de ella... Andrea, cierto? —él asintió con un gesto—. Aprovecha el nuevo comienzo.

—Pensé que me dirías otra cosa, que me ayudarías a desenredar esta maraña absurda en mi cabeza. ¿No crees que haya intentado olvidar cada día? ¿No te parece que ya ha pasado demasiado tiempo? —Elena le abrazó y le dio un beso rozando la comisura de sus labios.

—Ve, cariño... Cada vez que te marchas muere algo en mí... Perdóname por no poder hacer más por ti —le acarició una mejilla y cabizbaja se retiró dejándole en el portal.

José María había avanzado unos pocos pasos, se había quedado en blanco, desatendiendo la llegada del que lo observó con perplejidad al pasar por su lado: Sebastián.

Llevaba un diario apretado en su puño. Elena se sobresaltó cuando lo vio

cruzar la puerta. No pensó que él conservaría la llave y entrara sin avisar.

—¿Era María José?

—¿Quién? —sospechaba que por el poco tiempo transcurrido se habían podido cruzar en el camino, pero se hacía la tonta.

—La... El que estaba ahí fuera, en el jardín.

—Querrás decir José María.

José María iba a retirarse cuando se percató de la ausencia de su equipaje. Lo había dejado en el pasillo, al pie de la consola de madera junto a la puerta del despacho. Habían dejado la entrada a medio cerrar. Oyó voces, le pareció escuchar su nombre...

—¿Qué hacía aquí?

—Está recobrando la memoria.

—¡Os lo advertí! —rugió agitando el puño con el diario.

—Calla... Calla... No tienes idea de cómo me he sentido cuando le escuchaba. Por un momento pensé soltarle todo, pero tiene una mujer a la que ama! ¿Cómo destrozarle la vida ahora?

—Mira, aquí en el diario invitan a su sepelio. ¡Hoy! Supongo que se habrán resignado a su desaparición.

—¿Qué cinismo el de esa gente! ¿Después de tanto tiempo? ¿A quién van a enterrar? ¡¿A sus culpas?!

—¿Qué le has dicho?

—¡Venga! Le he inventado tantas historias que ya no...

—¡No ahora! Antes, antes de que le lanzáreis al mundo!

—Sandro le dijo que era mi primo y yo he tenido que sostenerlo confirmándole que es un primo lejano, hijo de mi tía Paloma y Juan... ¡Tenía que justificar que estuviese viviendo aquí!

—Sois... unos...

—¿Cómo le iba a decir que no está desvariando? ¿Cómo le iba a decir que es la única hija de una pareja que justo hoy después de años sin preocuparse por su paradero está simulando su entierro? ...A saber por qué? ¿Cómo decirle que esas atrocidades que están pasando por su cabeza son todas seguramente ciertas? ¡Es toda su miserable vida antes del accidente! —exclamó en voz baja y acercándose a la puerta preguntó a Sebastián—: ¿Estás seguro de que se ha marchado? —y en ese momento José María abrió la puerta de un golpe. Mudo, su mirada era una mezcla de terror, incertidumbre, dolor, ira... Retrocedió, tomó su equipaje. Apenas había dado un par de pasos

cuando ella intentó retenerlo y él se volvió sorprendiéndola con una trompada. La enderezó con un empujón contra la pared, le restregó el rostro ensangrentado y apretándole el mentón le gritó:

—¡De mujer a mujer! ¿Qué porquería tenías en las entrañas cuando me engendraste? —comenzó a dar manotazos a la pared sin soltarla— ¿Qué voy a hacer ahora? ¿Ir a mi entierro a llorar sobre mi tumba? ¡Dime! ¿Qué nombre estará escrito sobre mi lápida?

—María José...

—¿Qué? ¿No podías ser más creativa?

—Suéltala ya —suplicó Sebastián sin atreverse a ponerle una mano encima.

—María José... ¿qué?

—Varrón... —susurró Elena.

—¡¿Varrón?! —repitió con cara de asombro— ¡Varrón! —la soltó y se apartó—: Te inspiraste en ese apellido, ¿cierto? ¿Por qué la imprudencia, Elena? ¿Por qué no me diste algún brebaje para eternizar mi olvido?

—¡Nunca pensé que recordarías! En todos los años que duró el tratamiento, nunca tuviste ni un asomo de recordar! Entonces confié en que el asco de vida que tenías y el accidente serían suficientes motivos para borrarte!

—¡¿Confiaste?! O... ¿calculaste? ¿Qué sabes tú lo que perderse a sí mismo, ser atormentado día tras día por abominables escenas que se atropellan unas contra otras en tu cabeza, mientras intentas vivir, amar, no hacer daño con tanta locura? ¿Cómo sigo ahora sabiendo que soy tu experimento, tu conejillo de *Indias*, una historia clínica olvidada sin clemencia en tu archivo? ¿Cómo? ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no me dejaste morir? Anda prima Elena, tú lo sabes todo... ¡Responde! Recoge mis pedazos nuevamente...y

—Malagradecido... —dijo aquella entre dientes.

—¿Qué?

—¡Malagradecido! —lo lanzó contra la pared opuesta— ¡Estabas muerto antes de ese accidente! ¡Eras un asco, desarticulado, amorfo, una herida peor que la otra, lleno de vidrios, quemaduras, espinas! ¡Las espinas de mis rosas! Las que arruinaste con tu cacharro! ¡Te volviste mierda y yo te reconstruí! —aquél se dejaba caer deslizándose por la pared— Créeme, habían heridas que no fueron hechas en el accidente! ¿Tu vida? ¡¿Qué vida?! Si lo tuyo no alcanzaba ni a ser una... ¡Eras nada! Y te di todo sin pedir retribución... Pude

haberme acostado contigo, seducirte, pero no quise, no quise adueñarme de ti... No fui tan retorcida después de todo, ¿verdad? Reconozco que me obsesioné, reconozco que no pedí permiso... pero hay que darme algún crédito en todo esto, tuve en cuenta lo que eras: ¡Nada! Y me empeñé en darte una vida, darte una segunda oportunidad! En vez de dejarte morir... Te he hecho un favor José María... Ahora puedes ir ante tu padre y darle la buena noticia de que tiene el hijo que siempre quiso!

—¿Cómo... sabes...

—¿Crees que tomé la decisión de cambiarte la vida a la ligera? Investigué cada rincón de tu vida. No hice más que convertirme en lo que realmente eras.

—¡Era una mujer!

—¡No para tus padres! A fin de cuentas, los hijos terminamos siendo lo que ellos quieren... Al menos los débiles... Y ciertamente tú ya no sabías ni lo que eras...

—¿Qué terminaste siendo tú?

—Médico... —admitió—. Nunca quise serlo, pero mis padres lo eran y desde que tuve uso de razón me machacaron que era la única heredera de esta “clínica” —confesó haciendo el gesto de entrecomillas.

José María se reincorporó turbado, casi sin fuerzas, pero con el último impulso que le quedaba pegó un grito arrojando su morral con la intención de destruir la vitrina que decoraba el pasillo. Sandro, que venía entrando, lo atajó en el aire con asombro.

—¡¡¡Aaaaaaaaahhhhhh!!! ¡¡¡Me siento un asqueroso abortooooo!!!

—No deberías... —le dijo aquella bajando el tono de voz, casi con dulzura, casi un ruego, aferrándose al hombro de Sebastián, quien permanecía inamovible.

José María se acercó a Sandro, le arrebató el morral y el diario que también traía en la mano.

—Noticia vieja —le dijo con dejadez y se marchó dando tumbos.

—¿De qué me he perdido? —preguntó Sandro, estoico como siempre.

—¡José María! ¡No te vayas así! ¡Déjame explicarte! Déjame contarte por qué... —gimió Elena y se derrumbó.

Capítulo 13

Las yemas de sus dedos depositaban una rosa negruzca, húmeda y mustia sobre el féretro. Su rostro exhibía con elegancia una tristeza que le era ajena. Vestía de negro. Era el lloro de mi madre sobre mi cadáver ausente. ¡Puro teatro! Mi padre secaba con un pañuelo lágrimas tan falsas como todo aquello. Quería gritar, declarar mi existencia a toda voz! En cambio, me aproximé a ella y le besé en la frente... Un vacuo abrazo me correspondió. A pesar de todo le parecí familiar y me preguntó que quién era yo.

—Soy tu... Un amigo, un viejo amigo que vino a visitarla y la halló muerta... —la mirada de su madre intentaba reconocerle, pero nunca había sido muy cercana a su hija, mucho menos iba a saber de sus amistades, José María añadió—: ¿Podría acompañarles luego a su casa? Sé que no es un buen momento, pero necesito recobrar algo que me pertenece.

—¡Vaya amigo que ni siquiera sabe que no encontrará nada de ella en nuestra casa! ¡Ella no vivía con nosotros desde hace mucho!

—No lo sabía... Perdimos el contacto hace un tiempo —inventó—. ¿Me podría decir dónde vivía? —la mujer asintió haciéndole una seña con el dedo en la boca y mirando de reojo al marido, dando a entender que aquel no debía enterarse. Ella sí lo sabía porque alguna vez la había hecho seguir por su criada, solo por asegurarse que estuviese lo bastante lejos. El que se hubiera marchado había sido un alivio...

La dirección que apunté junto a mi esquila me llevó hasta la buhardilla de un edificio desolado... Forcé el candado en el pestillo. Era inexplicable la sensación, pero proseguí... No lograba imaginarme ahí, por un lado sentía que cada objeto estaba en el mismo lugar donde los había dejado, por el otro... ninguno me hablaba, ninguno me despertaba ni el más mínimo apego. La prima Elena... Elena tenía razón, tal parece que ya había muerto antes de aquel accidente. Solo terminó de sepultarme bajo este disfraz demasiado bueno como para desmentirlo. Me moldeó como arcilla, jugó a ser Dios... y ahora tengo que reconocer que le salió bien! Me dio la oportunidad de comenzar de cero y encima me quejo! La he tratado tan mal...! Nada, es como si el saber la verdad hubiese bloqueado los demonios en mi cabeza... Como si ya que sé, no

quisiera saber más nada! Como si de pronto hubiese recuperado la paz.

Saturado de tanta nada y tanto nadie desanduvo el camino hasta el barrio... Primero pasó por el bar donde trabajaba, había pedido varios días libres con la oculta intención de quizá no regresar. Al patrón le había dado gusto verle regresar antes de lo acordado. Tanto gusto que le invitó unas tapas y le propuso ser aprendiz de cocinero, que le tenía aprecio y le quería ver avanzar. ¿Cómo negarse? Cuando la vida te sonrío después de llevar tanto palo, ¡di que sí!

Aquél siguió atendiendo sus asuntos y me dejó solo en la mesa, la misma que tantas veces había compartido con Andrea. ¡Y sí me hablaba! Del helado que derramaste en tu vestido de cerecitas, de la vez que me reñiste aguantando la risa por sorber el espagueti que se me había salido del plato, de tu perfume, de aquella noche que celebrábamos... ¿Qué celebrábamos...? Hemos reído tanto a pesar de este disparate! No debí atacarte así, prima Elena... después de todo, María José es tan solo una pesadilla tragicómica y borrosa. ¡¿Mujer?! ¿En qué momento me dijiste adiós? ¿En qué momento te dije adiós María José... que en la mirada no logramos encontrarnos...?

Capítulo 14

Jamás había visto nuestro piso tan destartado... Todo revuelto como si hubiese pasado un huracán... «El huracán Andrea», pensé medio en broma, medio asustado, medio preocupado... y en medio de todo aquello me embistió Andrea hecha una fiera... Me abofeteó, golpeó y empujó hasta romper en llanto y risa. Estaba totalmente fuera de sí. La sostuve por los hombros para intentar detenerla. Traté de apaciguarla diciéndole que había estado con Elena.

—¿Con Elenaaaa?! Entonces tú recoges tus cosas, te marchas si avisar, me haces pasar por los peores días de mi vida y resulta que simplemente estabas haciendo una visita?! ¿Y es que no me he ganado el derecho a enterarme de dónde vive ni cómo es, ni si existe o no la fulana prima Elena?! —preguntó con ironía separándose y añadió—: Solo tengo que tragarme el cuento. ¿Acaso pensabas quedarte con la primita y te mandó a paseo?

—Es que...

—¿Es que nada! —le cortó— ¡Tres días! ¡Tres días sin saber de ti! Te he pasado tantas cosas... ¿Hasta cuándo? ¡YA NO SÉ QUÉ HACER CONTIGO, CARAJO! No sé si reír, llorar, gritar, callar! Te obstinas en encerrarte y yo solo quiero que me digas que pasa esto y aquello... ¡Y ya! Si es de irme, me iré! Si es de quedarme, me quedaré... No entiendes que te amo y quiero que esto funcione, pero ya no sé si puedo más!

—Por favor... Andrea, te quiero feliz, aunque sea del brazo de alguien más. Nunca ha sido mi intención hacerte daño, suena a frase hecha, pero es verdad!

—Yo no quiero a alguien más, Jose... Yo te quiero a ti, yo te amo a ti, yo quiero ser feliz junto a ti! Pero cada día contigo es como jugar a la ruleta rusa...

—A riesgo de perderte, te explicaré. Aunque no lo merezca, solo tu comprensión podrá salvarnos. Solo la verdad... La que ahora sé... Tú lo has dicho, sea lo que sea, te quedas o te vas...

Se fue.

Con la mirada anegada en lágrimas... pero sabía que iba a regresar porque

no se había llevado más de lo que vestía.
Aquella noche no... Tal vez mañana.

Capítulo 15

Amaneció. Las horas pasaban y ella no regresaba. Él trapeaba, servía, ayudaba en la cocina, almorzaba un bocado de cualquier cosa, le daba igual y continuaba la faena. No había pasado la llave a la puerta del piso. Con el insomnio había reparado la lámpara de la sala-comedor-cocina y aseado todo.

Sabiendo cuándo él no estaría, Andrea entró a hurtadillas, cogió un bolso grande, cuya ausencia estaba segura no notaría, metió algo de ropa y dinero... Esbozó una sonrisa al mirar todo en orden. Pero necesitaba espacio, necesitaba respirar profundo. Necesitaba pensar y hasta dejar de hacerlo... Tanto desequilibrio, tantas contradicciones... Sentía que no estaba bien dejarle solo, el amor que los unía siempre había ido más allá de la piel. Él era lo que ella era: una segunda oportunidad en la vida. Nunca antes había deseado tanto que le mintiesen, que todo aquello fuera una absurda mentira. Nunca antes había deseado tanto que la tierra se abriese y la engullera...

Deambulaba por la calle cuando un balón de fútbol la interceptó y un enjambre de jovencitos se lo pedían de regreso con un amplio repertorio de piropos. Retornando a la realidad, lo agarró y devolvió con una vigorosa patada...

Recordé a mi familia, en especial a mis dos hermanos... Solíamos reunirnos con los vecinos y nos íbamos a jugar fútbol en un terreno baldío, mientras nuestra hermanita prefería quedarse en casa tocando el piano. ¡Era tan delicada! Nunca hubo tregua entre ambas. Rivalizábamos en todo. Por eso la muy envidiosa pataleó hasta convencer a nuestros padres de que ella debía acompañarme en el viaje que yo había pedido por mis dieciocho años, ya que ella solo había tenido una «miserable fiestecita de más de mil invitados entre familia, amigos... y colados». Ella había preferido la pompa, yo preferí disfrutar con absoluta libertad... Todavía no me imagino la cara que habrá puesto cuando desaparecí en sus narices! ¿Qué le diría a papá y a mamá? ¿Qué habrán hecho ellos? Seguro encogerse de hombros y decir que ya era mayorcita como para hacer lo que me diera la gana. Estaban siempre taaan

ocupados que podría jurar que ni siquiera se habrán dado cuenta de que mi hermana había regresado sin mí... y ella, aliviada con mi ausencia, tampoco habrá hecho demasiado drama. Al contrario de mis hermanos, a quienes sí les avisé que me iría a recorrer el mundo. Que no sabía si podría llamarles con frecuencia, que estaría bien. Ellos me conocían y sabían que así sería. Por cierto, quieren conocerte, Jose...

De pronto recordó la esquila con aquella dirección, la había tomado de una gaveta al buscar dinero...

—Una mujer... ¿En qué cabeza cabe que él haya sido una mujer? —se preguntó murmurando y decidió tomar el metro para ir hasta aquel lugar.

Telarañas por doquier. Penumbra. En la puerta colgaba un candado roto... Las ventanas quebradas... Los escalones hasta llegar ahí me habían parecido interminables. La fatiga me venció, me eché en una poltrona asquerosísima pero muy cómoda y, sin enterarme, me quedé dormida.

El revoloteo de una palomilla me despertó. Todo era tan lúgubre... Me sentía tan exhausta, tenía hambre, sed... Mala idea llegarme hasta allí sin haber comprado nada para comer. No sabía por dónde comenzar ni realmente qué deseaba encontrar... Un ladrido me sobresaltó. Frente a mí estaban algunas pinturas... Un manojo de espigas que parecía real. A su lado estaba otra, el rostro de una niña... ¡Eran tan impresionantes sus detalles! Tenía una cicatriz en el pómulo izquierdo y parecía estar mirando a alguien con ira y temor... Provocaba abrazarla, protegerla... Miré alrededor y junto a la poltrona había una quizá más impresionante: Era una figura humana con los brazos en alto y un lamento, un grito, en el gesto... Todo estaba en orden... Los libros en el estante, lienzos en blanco, frascos y tubos de pintura, lápices y trapos... Cada cosa en su lugar...

Me acerqué a un lienzo cubierto sobre un caballete junto a una silla manchada de colores con unas espátulas y pinceles encima. Retiré el velo... Mis estornudos se alborotaron por el polvo, no podía creer lo que estaba viendo! Era el mismo autorretrato que Jose dejó inconcluso en Patmos! El mismo... Nunca había podido olvidar la intensidad de su mirada, ni la posición de aquella mano con la intención de descargar un revés... Esa incongruencia de la sonrisa y la lágrima... La intriga de la oscuridad que no deja definir... si es un hombre... o una mujer... Pero este ya estaba terminado... de nuevo la cicatriz en el mismo pómulo... La misma que tiene la niña... la misma que seguro tú tendrías antes del accidente... ¿Cómo te habrás

hecho esa herida? Más bien, ¿quién te la habrá hecho?

Me retiraba para observar toda la obra buscando algún otro detalle que me hablara de ti, cuando tropecé una mesa junto a la que estaba un... ¡tocadiscos! Ya no se ven mucho estos aparatos... Tenía puesto un vinilo con... ¡*Les Yeux Noirs! Les Yeux Noirs...* el Partenón... ¡Aquel besazo...! Fue tan apasionado que aun siento la misma emoción recorriéndome todo el cuerpo...

—No, no es posible olvidar lo nuestro... Es... ¡Es total! Lo que sí necesitamos superar es esto que ya estaba bajo tierra... No sé por qué estoy aquí haciendo lo que me dijiste no te atreviste a hacer... pero necesito arrancarme esta angustia, necesito despojarme de tu pasado... Conocer la verdad que no te atreviste a enfrentar y seguir adelante...

Una pequeña agenda azul con una pluma atravesada entre sus páginas me atrajo con insistencia... Era su diario... La fecha escrita en las páginas marcadas era diciembre de 1998... «Mañana le diré a mis padres que me voy de casa. No sabrán adónde, no soporto más su crueldad. Nunca sabrán de este rincón... Ayer descargué mi rabia contra la pobre ventana lanzando los frascos de acuarela... Cayeron en el tejado. Cuando regrese veré si puedo rescatar alguno... Tal vez mi papá y yo discutamos, pero esta vez soy capaz de levantarle la mano antes que me vuelva a pegar...»

Retrocedí las páginas hasta el principio... «Querido diario, he gastado en ti todo el dinerito que he ganado vendiendo los polvorones de doña Consuelo. Me acuerdo cuando te vi en la tiendita, ¡eras tan lindo! Mamá me regañó porque me quedé atrás, pegada al escaparate, ella y la señora gorda y feúcha amiga suya dizque tenían apuro. Pero ahora eres mi mejor amigo y te voy a contar todos mis secretitos. Me están llamando para cenar, será mejor que vaya, a papá le molesta esperar».

«Papá me pegó hoy porque le dije que le había escrito una carta a los Reyes pidiéndoles una muñeca igual a la de Julita. Me dijo que ellos no existían y como me puse a llorar, me pegó más fuerte, duele mucho, a mamá no le importó».

Salté unas páginas más y... «Hoy lloré mucho porque papá echó de la casa a mi maestra, porque dizque me estaba malcriando y llenando la cabeza de pajaritos. ¡Mentira! Yo me quedé calladita y no escucho ninguno!».

Comenzó a llover, tenía que haber una gotera justo encima de la poltrona donde estaba sentada! La empujé hasta apartarla... Fue entonces cuando

reparé que había un baño, una cocinilla, pero no había una cama... ni nada parecido... Repasé la habitación y advertí una hamaca recogida en la esquina. ¡¿Una hamaca...?!

«Acabamos de regresar de la playa. Me traía una caracola, pero papá me la tiró al mar. Tuve que aprender a nadar ahí mismo porque me caí de la barca cuando la quise atajar y me iban a dejar... ¡Casi me hundo!».

—Pero serían hijos de p...!

«El niño de al lado me regaló un caramelo cuando fui por el pan a lo de don Juan, dicen que él le hace honor a su nombre, dizque porque es muy sinvergüenza. Sabrán ellos por qué, pero a mí me parece buena gente y trabajador... Le conté a mamá lo del caramelo y me dijo que dejase de andar coqueteando por ahí, que le diría a papá... Cuando llegé, papá me rompió todas mis faldas y mi único vestido y me gritó que en adelante usaría solo pantalones. ¡Nunca más les diré nada!».

«Hoy vi a los chicos salir del liceo... después de la primaria no me dejaron ir más al colegio... Solo me dejan salir para hacer mandados. Hoy me encontré a la maestra que iba a casa cuando peque... Ella sabía que no me dejaron terminar la secundaria y me dijo que si quería fuese a su casa para recibir clases, pero papá nos vio y me trajo a rastras por la oreja, no lloré, ya estoy grandecita... Como no lloré me pegó con la hebilla de su correa y me rompió en el cachete. Cuando vio que sangraba mucho se fue y regresó con un frasquito de alcohol y un pedazo de algodón. Me restregó la herida muy fuerte, me ardía mucho, mucho, pero no lloré».

«Hoy me escapé y fui a la plaza, me tropecé con el niño de al lado y él se hizo el que no me conocía. Más tardecito se me acercó y me regaló una galleta. Me dijo que no me había hecho caso antes porque andaba con su mamá y ella lo había regañado... Papá le había reclamado que su hijo dizque me andaba fastidiando. Luego se fue porque también se había escapado. La maestra me vio y se me acercó, mientras miraba a todas partes por si alguno de mis padres estaba por ahí... Traía un librito de lo más lindo entre sus manos, dijo que era para mí, que pensaba dármelo cuando fuese al abasto, pero ya que me había visto sola, era mejor. También me dijo que lo escondiera para que mi papá no lo viese y me ayudó a meterlo por mi espalda bajo mi blusa. ¡Venía de lo más contenta! Cuando llegué a casa el librito ya iba por mi trasero... Papá me pilló entrando a casa, estaba tan enfadado porque andaba por ahí sin permiso, me zampó una nalgada y descubrió el libro, me lo arrebató preguntándome de

dónde lo había sacado, le dije la verdad, que la maestra me lo había regalado... y me lo rompió. Como me ordenó que lo barrierá, aproveché para recogerlo, pegaré los trozos».

Alterada salté algunas páginas...

«Estoy muy asustada porque me la he pasado todo el día derramando sangre por debajo... Es entre las piernas... Creo que me he enfermado. También he notado que se me ha hinchado el pecho y me duele mucho la barriga... Mejor callo y me aguanto».

«Lo mismo de ayer. No tengo ganas de escribir...»

«Hoy no me ha salido sangre... Por suerte papá sigue de viaje. Mamá se lo pasa en casa de sus amigas y de mí ni se ocupa! Dice que ya estoy muy grande como para saber cocinar y arreglármelas sola, que si podía callejear, bien podía cuidarme sola!».

«Ayer escuché música de lo más linda en casa de la maestra... Me dio pena pero le conté lo de la sangre y ella me explicó que era algo natural en las mujeres de mi edad, que estaba creciendo y que cada mes me pasaría lo mismo. ¡Qué lata! Ella se me acercó y me asusté, pero me dijo que solo me quería dar un abrazo, tenía lágrimas en los ojos, sentí muy bonito cuando lo hizo. Era bueno eso de abrazar».

«Hoy comí bizcocho y bebí leche fresca en casa de la maestra. Ella me leyó unos cuentos de lo más bonitos! Uno era de una princesa que se quedaba dormida y se despertaba con el beso de un príncipe. Otro era de un niño muy chiquitico que tenía muchos hermanitos y un día se perdieron en un bosque... Otro era el de una niña vestida de rojo que visitaba a su abuelita, a la que casi se la come un lobo... Yo nunca he conocido a mis abuelitos... Antes de regresarme, ella me pidió que cerrase los ojos y colocó una muñeca de lo más súper linda entre mis brazos. Es de tela suavcita y tiene los cabellos amarillos, ojitos enormes y alegres, trae puesto un vestidito rosa con florecitas amarillas... ¡Y sus zapaticos! Todavía doy brincos de contenta, es el día más feliz de mi vida, dormiré abrazándola, ya no estaré sola por las noches. ¡Esta nadie me la quitará!».

«Anteayer aprendí a hacer té, ¡con azúcar es muy sabroso! Pero se me ocurrió la tontería de ofrecerle a mamá cuando llegó. Me regañó, que para eso está la criada, yo le dije que la única que tenemos anda para arriba y para abajo con ella y cada vez que me hace algo a la pobre la regañan también. Me insultó bien feo y ordenó que me fuera a la iglesia a confesarme por rebelde e

insolente... Pues no voy a ir a nada porque yo vi al cura ese mirando muy feo a Julita y no me he portado mal, ¡Diosito lo sabe! Ya andaba buscando el látigo para golpearme, pero yo se lo escondí. Me da risa porque lo escondí bajo mi cama y aquí no lo va a buscar».

«Hoy regresó papá anunciando que nos mudaríamos a Barcelona. Mamá está feliz, pero yo no. Eso queda muy lejos y tendré que dejar de ver a mi maestra. Papá estaba muy alegre con su noticia y hasta me regaló una pulserita por mi cumpleaños, pero tiene escrito algo muy feo... ¡Nunca me la pondré! Dizque nos vamos la semana entrante.»

«No quiero irme, es el día más triste de mi vida! Mi maestra y yo lloramos mucho, me regaló los cuentos y me dijo que me extrañaría mucho, que fuese fuerte y que el amor más importante y sincero que jamás me debía faltar era mi amor por mí misma, que tal vez mis padres cambiarían, pero que si no, que me alejase de ellos, que será lo mejor y que siempre luche por mis sueños, que el mundo me debe una sonrisa y que si yo estoy dispuesta, me la dará. Me dijo muchas cosas buenas... Anotó su dirección y teléfono en un papelito para que le escriba. También me dijo que si me llegase a pasar algo malo que la busque, que ella vería cómo ayudarme».

«Hace mucho que no escribo, durante el viaje me enfermé y ni cuenta me di cuando llegamos! Tanto así que aún no he salido ni de mi habitación».

«Lo sé, ya no escribo con tanta frecuencia... Papá ha estado tan de buenas que me dijo que como mañana será mi cumpleaños número quince, en adelante me dejará crecer el cabello cinco centímetros en vez de dos. ¡Me siento tan feliz!».

—Ahora entiendo por qué Jose no le gusta llevar el cabello tan cortito como está de moda... Te amo, te amo más que nunca! ¡Cuánto ensañamiento contra un ser tan indefenso! Esto es demasiado, esto justifica absolutamente el borrón en tu memoria. ¿Por qué no escribirías al día siguiente, en tu cumpleaños? —pensaba Andrea en voz alta.

«Hoy descubrí un edificio medio abandonado en una de las callejuelas de la ciudad, solo vive una señora mayor en la conserjería, y en lo más alto hay un piso desde donde se puede ver todo. La señora me dijo que si le pagaba alguna cosa podía dejarme ocupar la buhardilla. La voy a limpiar y llevaré mis cosas poco a poco. Quiero mudarme, quiero estudiar en una escuela de arte, quizá solo pueda hacer unos cursos, pero es algo. Si me quedo con ellos, papá no me dejará hacerlo, así que mejor me voy de casa. Me da terror, pero

necesito vivir!».

«Han sucedido muchas cosas, por eso sin darme cuenta ha pasado más de un año sin escribirte... He estado estudiando arte, como apenas gano para vivir, me apunto en cualquier oportunidad gratuita. Me llaman la “artista fantasma” porque aparezco y desaparezco de los cursos sin hacer amistad con nadie... No puedo... Me avergüenza tener que hablarles de mí... Todavía no me he ido del todo de donde mis padres, no he tenido el valor, pero me la paso más en mi piso, aunque se molesten cada vez que se han dado cuenta de que no estoy... Esos días en que ellos han cambiado su rutina y regresado primero que yo... ¡Son los peores! Casi que me gano las palizas... ¡Por tonta! He vuelto a escribir porque tal vez algún día consiga que una editorial me publique este diario. Después de todo, he leído libros tan vanos que, ¿por qué no? Espero sobrevivir para verlo».

Andrea saltó unas pocas páginas...

«¡He decidido mudarme definitivamente! Terminaré de traer lo que queda de mí en su casa. Es poco. ¡Ya no quiero volver! Estaré aquí, en mi rincón... Habrá otra paliza, insultos... Papá casi me matará, pero lograré salir de ahí... O no debería decirles, simplemente desaparecer. No me buscarían... ¡Estoy segura! ¡Solo quiero ser libre! ¡No lloraré más! ¡Solo quiero ser libre! ¡LIBRE! ¡LIBRE! La vida me debe una sonrisa...».

—¡Dios mío! —exclamó Andrea dejando caer el diario y las lágrimas—. ¡Cuánto dolor derramado entre estas paredes y estas páginas! ¿Cuántas veces habrás venido aquí con tu cuerpo lleno de golpes y heridas, tristezas... procurando sanar en soledad, buscando fuerzas para seguir adelante? Lo único que te sostenía eran tus ganas de vivir... y hasta yo te he maltratado! ¿Podrás perdonarme? Nos une un amor tan intenso y sencillo... ¡Es imposible que permitamos que lo destruya este pasado que no tiene ni el más mínimo derecho a entrometerse! —levantó el diario del suelo y contrariada se preguntó—: ¿Qué más te habrán hecho para causar el accidente donde por poco mueres? —no hubo respuesta porque había sido su última frase: “La vida me debe una sonrisa...”.

Capítulo 16

Era otro día libre para José María... pero no hubo sesión de trote en la madrugada, el cansancio le mantuvo en un sueño profundo hasta casi el mediodía. Se estiró, entró al baño, orinó, se lavó las manos, cara, dientes... Miró la toalla de Andrea, blanca salpicada de florecillas anaranjadas... Sus cosméticos: el único perfume que le había podido regalar, una muestra de crema hidratante, otra de desmaquilladora, su cepillo de dientes... ¿su cepillo de dientes? Una idea que pasó fugaz por su mente le iluminó el rostro...

«Regresará», pensó. Se reclinó sobre el lavamanos cerrando los ojos y confesó:

—Y yo que te amo...

—¡Lo dijiste! —Andrea había regresado calladita, con la travesura en su sonrisa, sin más preguntas ni reproches, solo rebosante de dicha por haber estado ahí para escucharlo decir esas mágicas palabras... Aquél sorprendido, solo se giró sonriente para abrazarla y llenarla de caricias. Sus miradas se cruzaron y fue alucinante... Se fundieron en un éxtasis absoluto.

Capítulo 17

El dormitorio de Elena quedaba enfrente de su despacho. Eran las siete en punto, ella solo se lavaba el rostro con agua fresca y gargarizaba, antes de salir a abrir las persianas del despacho y preparar el desayuno en la cocina. Se le escapaba un amplio bostezo... cuando advirtió en el pasillo, cerca de la puerta, un papel que había sido deslizado por debajo de aquélla... Al acercarse, leyó la nota: “Es buen día para sembrar. ¿Sales al jardín?”.

—¡Sebastián! ¡Sebastián! —comenzó a llamarlo emocionada. Aquél se terminó de despertar asustado con los gritos y saltó corriendo de la cama a ver qué sucedía, aunque sí notó en el camino que eran gritos como de... ¿alegría?

—¿Qué pasa mujer?

—Mira, es de José María, estoy segura... ¡Ha venido!

—¿Y por qué no le has abierto? —dijo al leer la amable nota.

—¡Ay, por Dios que se me ha olvidado con la emoción! —y cogiendo la llave del colgador, abrió la puerta y lo halló al otro lado conteniendo la risa... Junto a una hermosa mujer que supuso era Andrea y varios tipos de rosas metidas en bolsitas, así como te las venden en los viveros.

—¡Hola...! —dijo José María acercándose a Elena—: Una por cada año que ha pasado desde que me salvaste la vida —deslizó ambas manos por su rostro mientras ella no dejaba de mirarlo con los ojitos inundados—. Somos lo que somos, no lo que fuimos o pudimos ser, querida prima...

Y se quedaron para el desayuno, para sembrar las rosas, para enterarse de que Elena y Sebastián vivían juntos desde aquel día en el que se reveló la verdad... Ella había enfermado y él se quedó a su lado, no solo para cuidarla sino porque la había amado siempre, a pesar de sus locuras. Sandro se había marchado a Brasil... Almorzaron sin parar de reír, era un día hermoso, era el final del tormento para todos.

Se despidieron entre sonrisas y lágrimas, no sin antes prometerse que intercambiarían visitas.

—Esta Navidad en Barrio Gótico, ¿entendido? —resolvió Andrea.



Bajo una lluvia muy menuda, con una respiración pesarosa y de rodillas arrancaba la hierba del abandono sobre la tumba...

—Dondequiera que estés, María José... Perdóname, perdóname... hija! Perdóname... ¿Por qué te hice tanto daño? ¿Por qué te hice tanto daño, hija?

—Por qué nunca supiste aceptarla —lo miró y reconoció el desprecio que le inspiraba, no podía recordar, y había decidido no hurgar más en el pasado, pero aquel personaje le causaba repugnancia.

—Los hijos no se aceptan, se quieren.

—¡Bien a destiempo llegas a entenderlo!

—¿Quién eres tú? —preguntó molesto mientras trataba de incorporarse con notable dificultad para mirar bien a aquel intruso.

—Tú lo sabes... No, quédate así, no te levantes. Bonito epitafio, lástima que no haya difunta... Ten esto, no lo abras hasta que me haya marchado. Vine a devolvérselo, lo iba a dejar sobre su tumba, pero ya que estás aquí... —le decía entregándole un estuche— Ella me lo agradecerá... —y se marchó.

Palideció su decrepitud al descender la mirada y destapar aquella cajita de madera... Temblaba... Sus ojos casi se desorbitaron... Era la pulsera, la del treceavo cumpleaños. Era ver ese día, quizás único, en el que no le había puesto la mano encima, aunque la había herido en lo más profundo de su alma... Era ver el quinceavo, porque no le regaló ni un centímetro más de largo a su cabello. Promesas de alcohol que solo le dieron largura a su martirio. Y aquella noche en la que esa hija le había devuelto uno de sus golpes, el más violento, y le sacó sangre y le echó en cara que por primera vez veía que sí era humano y no un monstruo... La misma noche en que le cogió su carro y salió a toda velocidad sin rumbo. Más nunca la volvió a ver... Bajeza que ocultaba una amarga frustración por haber perdido a su primogénito, el hermano mellizo... por culpa de ella, según él. Nada lo justificaba y él ahora lo

sabía... Su arrepentimiento tardío lo apuñaló en el pecho al leer aquella siniestra inscripción:

«De tu padre, aunque no seas varón...»